

María Eugenia Zucan

LIDIA



Ediciones
Alfézar

LIDIA

María Eugenia Zuran

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 – Alquería de la Condesa – Valencia – España

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

Autor ilustración de portada: Nicolás Nanni

ISBN-13: 978-84-120710-4-7

Depósito Legal: V-2159-2019

Para Fernando: mi esposo, mi dicha, mi tesoro.

*Especial agradecimiento a Nicolás Nanni, mi gran amigo y
mi ilustrador personal, que acompaña mis obras literarias
con sus maravillosas creaciones.*

CONTENIDO

PARTE 1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

PARTE 2

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

PARTE 3

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

PARTE 1

Capítulo 1

Lidia nació en noviembre, en medio de una madrugada de relámpagos y granizos incesante. Su nacimiento se produjo en el propio hogar, una casa de estilo victoriano ubicada al final de una callecita zigzagueante de un pueblo antiguo llamado El Ceibal. Tal decisión fue tomada por la madre, y el padre en común acuerdo. Catalina dijo que se sentiría más segura en la casa y Máximo corrió a ultimar todos los preparativos para volver los deseos de su esposa realidad. Se equipó el dormitorio matrimonial de todo lo necesario y se contrató a la mejor partera y demás profesionales de la salud requeridos en estos casos. Se llenó el lugar de floreros con lirios —la flor preferida de la futura madre— y se bajaron un poco las persianas, para evitar el golpe del granizo contra los cristales. Durante todo el trabajo de parto el vendaval se dejó sentir en su máxima expresión: se sacudían los vidrios y el viento azotaba con ferocidad el tejado. Catalina pujó a los gritos por un tiempo que al esposo le pareció una eternidad; parecía que la criatura no quería salir. La partera no dejaba de repetir que no se rindiera, que ya estaban a un paso, pero Catalina siempre había sido temerosa y esa noche en especial sentía todo terrorífico. Los ojos de Máximo iban de entre las piernas de su mujer al rostro tenso de quien la asistía, que miraba fijamente sin ver siquiera la cabecita del bebé asomada. Finalmente el milagro ocurrió, a las tres de la madrugada en punto. La criatura salió y no lloró, a pesar del corte del cordón umbilical. Lograron, tras algunas maniobras comunes en estos casos, estabilizarla y producir en ella el llanto. Después se la colocó en el pecho de la madre, que vio con lágrimas en los ojos que se trataba de una niña.

—¿Cómo se llamará? —preguntó la partera al tiempo que cubría el cuerpo de la pequeña con una manta inmaculadamente blanca.

Máximo y Catalina se miraron. Ella suspiró. Ni siquiera tenía fuerzas para emitir palabra. Fue él quien habló, con la

voz entrecortada por la emoción:

—Se llamará Lidia.

* * *

—Mamá, despierta.

Máximo sacudió el hombro de su madre, que dormía boca abajo entre mantas y frazadas, con la cabeza canosa apenas visible entre las almohadas. Debió llamarla un par de veces más, repetir el movimiento de la mano sobre su hombro de piel y hueso, hasta lograr que Joaquina abriera los ojos y se volviera hacia él. La mujer lo observó como quien no entiende la situación, al principio inclusive le costó reconocerlo. Máximo estaba envuelto por las sombras de pie junto a la cama y parecía más bien una aparición fantasmagórica.

—¿Eres tú? —balbuceó ella— ¿Qué hora es? ¿Qué pasa?

Máximo sacudió la cabeza, como restando importancia a tales preguntas. Le resultaba muy difícil contener el entusiasmo y sentía la necesidad de gritar, saltar, batir palmas. Ya amanecía. Los débiles rayos de un sol que había logrado vencer a la tormenta chocaban contra la persiana baja del dormitorio de su madre. Parecía que ese día sería caluroso, con temperaturas que a una anciana como Joaquina le costaría soportar.

—Levántate, mamá, porque te espera la mejor sorpresa de tu vida.

Ella, que hasta ese momento tenía los ojos entrecerrados, levantó del todo los párpados y dejó en evidencia un par de ojos oscuros como la mismísima noche. Parpadeó, intentando acomodar las palabras de su hijo en la mente. Hasta que comprendió, y el corazón le dio un sacudón en el pecho.

—¡Es la criatura! —gritó intentando incorporarse en la cama— Ya ha nacido, ¿verdad?

—¡Sí, mamá, ya ha nacido! Ven, que te ayudo.

—Dime qué es, dime si es niña o niño. ¿Cómo ha sido el parto? ¿Cómo está Catalina? ¿Ha resultado todo como lo esperaban?

Mientras formulaba las preguntas, Joaquina se sentó al borde del colchón, estiró las piernas e intentó pararse sobre las pantuflas que la esperaban al costado de la cama, todo esto con la ayuda de la mano de su hijo, que sostenía su brazo escuálido. Cuando logró deslizar los pies dentro del calzado mullido, se puso de pie, atrajo a Máximo contra su pecho y lo rodeó con los brazos. El hombre se dejó besar, tocar y estrujar, cerrando los ojos y conteniendo las lágrimas. Había cierta resistencia en la familia a expresar los sentimientos, siempre había ocurrido así, tal fue el motivo por el que Máximo se contuvo y no dejó que la emoción asomara, mientras, su madre lo mantenía apretado contra su cuerpo.

—Eres padre al fin —le dijo ella palmeándole la nuca—. Es niña, ¿verdad? Es una hermosa niña parecida a ti, ¿no es cierto?

Máximo se apartó de ella para mirarla a los ojos. Joaquina brillaba a través de las pupilas.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo lo sé? —dijo ella y sonrió, mostrando todos sus dientes impecables.

Máximo se encogió de hombros y también sonrió. Acomodando un bucle blanco detrás de la oreja de su madre, dijo:

—Su nombre es Lidia. ¿Te gusta?

Joaquina desvió la mirada hacia la ventana. De repente se mostró pensativa.

—Lidia —repitió. Pronunció el nombre con cuidado y delicadeza. Movi6 los labios despu6s como si estuviera disfrutando el sabor de un bocado hasta ese instante desconocido.

—Lo eligió Catalina y a mí me pareció agradable. Vaya uno a saber de d6nde lo sacó, pero suena bien, ¿no es cierto?

—Lidia Brunozzo. Sí, me gusta. Me hace pensar en algo lleno de misterio, pero no le hagas caso a esta vieja loca, que siempre ve cosas que a ti no te interesa ver.

Máximo arqueó las cejas ante este último comentario de su madre. No dejaban de sorprenderlo sus reacciones, por momentos tan poco comunes y tan poco esperadas. Joaquina siempre había sido la integrante ex6tica de la familia, alguien con el que uno debía aprender a lidiar.

—Déjame verla, déjame conocer a Lidia. Si la madre duerme, no molestaré. Apenas me oirán entrar, te lo prometo.

—Es que justamente vine a buscarte por eso, mamá. Catalina no duerme. Está amamantándola. Vamos a verlas. Catalina me ha pedido que venga a buscarte.

* * *

La flamante madre estaba sentada en la cama, con una manta hasta la cintura y a su hija entre los brazos, profundamente dormida. La niña, robusta y de buen color, no había tenido problema en prenderse a su pecho y el primer intento de lactancia había sido todo un éxito, cosa sorprendente para los doctores por la velocidad y facilidad con que todo se había desarrollado. Ahora, mientras dormía, la bebida mantenía una de sus manos cerrada en derredor al dedo de la madre, que la observaba con la mirada inflamada por la emoción. Catalina siempre había querido tener un hijo y el embarazo se había hecho esperar mucho más de lo que

ella hubiese deseado. Ahora que la niña estaba entre sus brazos, toda esa espera (los meses y meses de sueños y frustraciones) parecía lejana como la mismísima luna en el firmamento. Ya no había sufrimientos, sí en cambio incertidumbres y nervios al verse en compañía de ese nuevo ser, sin saber mucho todavía al respecto. La fragilidad de la situación le generaba un constante cosquilleo en el pecho, el corazón acelerado, la garganta cerrada. Temía equivocarse, hacer cualquier ínfimo movimiento y arrepentirse después.

Estaba tan inmersa en aquellos pensamientos, que no escuchó cuando la puerta se deslizó, acompañada del suave chirrido de las bisagras. La madera del piso crujió bajo los dos pares de zapatos que avanzaron hacia la cama. En medio de la penumbra que Catalina había pedido para poder descansar mejor, las dos siluetas se movieron sin dificultad y llegaron a su lado. Vio, envueltas en sombras, las cabezas de su marido y su suegra, que se inclinaron un poco hacia adelante para acortar distancia. Máximo estiró el brazo y prendió la lámpara de la mesita de luz. Catalina parpadeó, con un gesto que demostró su descontento frente a este accionar, pero la emoción dominaba todo de tal manera, que muy pronto las insignificancias quedaron a un lado. Joaquina ya estaba a centímetros de su nieta. La miraba como al mayor milagro de todos los tiempos.

—Si hay perfección en esta vida, por todos los dioses que la estoy viendo —susurró, con los ojos del tamaño de dos inmensos platos.

Máximo afirmó con la cabeza, Catalina la miró de reojo y Lidia se movió apenas la abuela dijo la última palabra.

—¡Me ha escuchado! ¿Lo ven? ¡Esta niña me ha escuchado! —lanzó la mujer, emocionada hasta el rubor más intenso.

—Shhh, mamá —pidió Máximo—, no te excites tanto, que contagiarás a la criatura.

Lidia levantó apenas los párpados y abrió la mano que se había sujetado al dedo de su madre. Todo su diminuto

cuerpo se movió, despezándose tras el sueño profundo. Catalina la atrajo más contra sí y le besó la frente, pero Lidia se movía como si no deseara el cobijo de su madre sino mirar hacia otros lados, explorar un poco todo lo que la rodeaba. Así de recién nacida como era, Joaquina sintió enseguida que la niña tenía un no sé qué, una actitud muy diferente a lo que se hubiese esperado, algo que no se podía describir, pero que a la abuela le provocó una emoción poco entendida hasta por ella misma. Sin darse cuenta, se había apoyado con los codos sobre el colchón, casi tocando la cadera de Catalina. Máximo le apoyaba una mano en la espalda como si pretendiera con eso hacerle notar que la cercanía era, a esas alturas, demasiada.

—Tiene los ojos oscuros —dijo Catalina a su suegra—. No quiero adelantarme, pero me parece que son iguales a los de él.

Máximo esbozó una leve sonrisa, pero Joaquina estaba muy lejos de prestar atención a lo que cualquiera de ellos dijera. Miraba a Lidia embelesada, derretida por tanta emoción que le generaba.

—Mamá, no te vayas a fijar esa idea de que tiene mis ojos —dijo Máximo—, porque después no quiero que te lamentes si resulta que Catalina se equivocó.

Joaquina sacudió la cabeza, como queriendo decir que tanto palabrerío la tenía sin cuidado. Acercó el dedo índice al hombro de Lidia y le dio un suave golpecito.

—¡Hola! —susurró.

—Tampoco esperes que vaya a tirarte un sermón después del «hola» —bromeó Máximo.

Joaquina no despegó los ojos de su nieta. Los padres comenzaron a intercambiar comentarios de todo tipo, pero la abuela ya estaba muy desprendida de todo aquello. La conexión con Lidia era más fuerte que cualquier otra cosa. Y Lidia, como si quisiera demostrar que sabía de la atención

de Joaquina, torció la cabeza hacia ella muy levemente, y sus ojos abiertos parecieron buscar en su dirección.

Capítulo 2

Cuando había tormentas, la casa se llenaba de la luz de los relámpagos en rincones y rinconcitos. Parecía que se volcaba sobre los peldaños de la escalera como si fuese líquido, o chocaba contra las paredes en rebotes rápidos y fugaces, para después volver estas paredes o peldaños a la más absoluta penumbra, sobre todo cuando esto ocurría por las noches. Los sonidos provocados por los vendavales también hacían otro tanto, convirtiendo al hogar en un nido de ecos y retumbes. Lidia miraba todas estas cosas desde su dormitorio, porque aquel cuarto era el que la niña elegía constantemente, ya fuera para hacer la tarea de la escuela o para jugar. Le gustaba ubicarse junto a los cortinados y fijar la mirada a lo lejos, a través del vidrio de la ventana. Cuando eran noches de lluvia torrencial, podía estar horas enteras prestándole atención a las montañas y las explosiones de luz en el horizonte. La lluvia —cada gota que caía— significaba para ella el mayor de los placeres. Si nadie le hubiese frenado los impulsos, habría ido muchas veces al jardín de la casa para recibir el agua en pleno rostro y sobre su cabeza, empapando las ropas sin darle a esto demasiada importancia. Tal vez sintiese todo eso tan intensamente por saber que había llegado al mundo una madrugada de grandes chaparrones y granizo, cosa que sus padres le habían repetido hasta el hartazgo. De aquella noche, Lidia sabía del esfuerzo de su madre y la compañía de su padre en todo momento, de los lirios adornando la casa, de la emoción de la abuela y las visitas de parientes y amigos al día siguiente. Su padre siempre le había contado acerca de aquella noche como si se tratara de un cuento de un libro infantil, y a ella le encantaba escucharlo. Inclusive en el presente, ya teniendo doce años, a veces la niña le pedía al padre que le relatara la madrugada de su nacimiento en detalle. Máximo aprovechaba la hora de dormir para contarle acerca de aquel momento una y otra vez.